

Fué á la puerta y la cerró cuidadosamente con sus dos pasadores, luego buscó con la mirada una silla, la acercó al lecho y se sentó en ella, comenzando á practicar una extraña operación. Con sumo cuidado y parsimonia se quitó los negros anteojos, luego separó del rostro la disforme nariz de cartón que lo desfiguraba, despegó algunos pelos que cubrían sus mejillas y aproximando la cara á la del asombrado repórter le dijo:

—Voy disfrazado, como usted seguramente ya lo sospechará; pero ahora ¿me conoce usted?

—González!—exclamó Anguiano, recono-

negocios; me he dirigido por carta á su periódico, tomando el nombre suyo, y les he estado mandando diariamente información verídica y oportuna para dar mayor apariencia de realidad al asunto y también porque comprendí que muy pronto iba usted á necesitar recursos, he pedido esa suma y me la han mandado por correo.

Anguiano estaba perplejo. No sabía si echar á puntapiés al polizone ó reconocer en él á su salvador.

Por fin pudo decir:

—¿Y á qué se debe tan extraordinario interés?



PENETRÓ UN SER FANTÁSTICO Y GROTESCO.

ciendo en su interlocutor á uno de los más hábiles agentes de la policía reservada.

—Sí, yo soy—contestó el otro sonriendo— y ahora voy á decirle todo lo que he hecho por usted: en primer lugar tome usted estos quinientos pesos—dijo,—sacándolos de una cartera resobada.

—Pero...

—Nada. Son de usted, legítimamente suyos. No tiene usted convenido con su periódico que le darán cierta cantidad por el asunto del taxímetro? Pues esto no significa más que un adelanto á buena cuenta.

—Pero ¿cómo ó quién me lo manda?

—Su director de usted. Viendo yo que iba usted á fracasar por causa del daño que le han hecho, he asumido la dirección de sus

—A que en cambio de estos servicios yo espero que usted no se negará á prestarme otros para mí muy valiosos.

—Hablemos claro, ¿qué clase de servicios?

—Uno sólo: no volver á ocuparse del asunto del taxímetro y dejar que yo continúe por mi parte las investigaciones, obligándome á comunicarle diariamente el resultado de ellas, para que no carezca el público de su manjar favorito.

Anguiano, debajo de esta aparente amabilidad, adivinaba una celada.

—Pero ¿qué interés tiene usted en que yo no me ocupe más del asunto?

—Un interés puramente profesional. Si usted me gana en las investigaciones, como